

Coetzee, los animales y la abstinencia de carne

En su novela 'Elizabeth Costello', el premio Nobel de Literatura plantea un debate filosófico sobre la defensa de los animales.

JOSÉ MARÍA HERRERA

J.M.COETZEE, *ELIZABETH COSTELLO*, MONDADORI. BARCELONA, 2004. TRAD. JAVIER CALVO.

Coetzee ganó el premio Nobel en 2003. Ese año publicó *Elizabeth Costello*, una novela atípica, formada por ocho relatos y un epílogo. Su protagonista es una escritora septuagenaria que recorre el mundo impartiendo conferencias. Dos de ellas, ya publicadas en 1999, tratan de la cuestión animal y del vegetarianismo.

Es difícil saber si las opiniones de Costello son las de Coetzee. Los narradores juegan con esta ventaja. Que ella sea uno de esos personajes moralmente comprometidos que tanto atraen al autor sudafricano no autoriza a hacer deducciones aventuradas. Coetzee, admirador confeso de Dostoievski, siente predilección por las figuras de fuertes convicciones. Pensemos en el viejo magis-

trado de *Esperando a los bárbaros* (un hombre que asume hasta el final y sin que nadie se lo pida la responsabilidad por las atrocidades de los suyos), o en la señora Curren de *La edad de hierro* (la profesora aquejada de cáncer que no duda en hacerse cargo de un vagabundo alcohólico y de su perro). Identificar a Coetzee con ellos es tan legítimo como culpar a Flaubert de los pecados de Enma Bovary.

Elizabeth Costello viaja en barco. Este se detiene en mitad de la noche y ella sale a cubierta para ver qué ocurre. El mar está lleno de criaturas de lomo brillante que saltan y se sumergen en el oleaje. “Pingüinos –grita alguien a su lado. Vienen a saludarnos. No saben qué somos”. La isla Macquarie, donde han fondeado, fue desde el siglo XIX un centro de la industria de los pingüinos. Aquí se los azotaba a palos para que subieran a una pasarela y se arrojaran a un caldero de agua en ebullición. Los pingüinos no lo recuerdan, como si aún vivieran en el paraíso, antes de que Dios otorgara a Noé el derecho a alimentarse con su carne.

Los animales han librado una cruenta guerra con el hombre, pero este se encuentra ahora en otro plano y han quedado a su merced. Su situación se parece a la de los prisioneros despojados de todo derecho. Aunque a veces se oyen voces reclamando un trato menos cruel, pocos los compadecen. Costello equipara la actitud del hombre actual con la de los vecinos del campo de Treblinka. El crimen de los alemanes no consistió en tratar con crueldad a la gente, sino en desentenderse de esa crueldad, no considerarla crueldad. Igualmente nosotros toleramos una industria que cría animales para matarlos y que en cierto sentido es peor que los campos de exterminio ya que a la crueldad añade el hecho de tratar a la víctima como si fuera simple materia prima. Que necesitemos comer no invalida esta afirmación, pues el exterminio rebasa nuestras necesidades alimenticias. Bajo el nombre de supervivencia se oculta algo que guarda relación con balances y beneficios.

Costello expone sus ideas en dos conferencias. La primera se titula “Los filósofos y los animales”. Curiosamente se habla poco de filosofía. Aunque censura a Tomás de Aquino por haber concebido la creación como algo racional y excluir a los animales de esa racionalidad definiéndolos como material al servicio del hombre, y a Kant por haber sido incapaz de extraer todas las consecuencias a la tesis de que la razón no es el ser del mundo, sino de nuestra experiencia del mundo, cree que someter el discurso sobre los animales a la razón constituye un error porque la razón es únicamente el modo humano de ver las cosas. A fin de ilustrarlo recuerda las famosas investigaciones de Köhler. Este sometió a varios simios a adiestramiento para ver cómo resolvían ciertos problemas. Sólo si hacían lo que hay que hacer de acuerdo con el criterio del investigador, se los consideraba inteligentes. Costello parece no darse cuenta de que hoy estamos más bien en la situación opuesta y que cualquier comportamiento animal se tiene por inteligente, pero en cualquier caso Köhler no era filósofo. Estos no son tan ingenuos. Nagel, por ejemplo, en un célebre artículo, “¿Cómo es ser murciélago?” demostró que podemos saber en qué consiste obrar como murciélago, no qué es serlo. Pero Costello tampoco acepta esta conclusión. A su entender, y por diferentes que sean ser hombre y ser murciélago, se trata de ser, de ser vivo, de estar vivo, y eso sí que sabemos qué es. Nosotros estamos vivos al modo del hombre, el murciélago al del murciélago. Eso es lo que cuestionó el racionalismo, Descartes o Malebranche, al afirmar que el animal está vivo al modo de la máquina y el hombre al del alma. El racionalista niega que el animal sea una criatura que goza de su ser vivo: lo ve como una especie de aparato encendido. *Cogito ergo sum*, ahí está la diferencia. El hombre es un alma, no una máquina, pues sabe (al modo humano, razonando) que está vivo; los animales son máquinas y no almas porque no saben (a la manera humana) que están vivos. Costello contrapone a la conciencia la sensación de ser y da por sentado que ésta es superior a aquella. ¿Acaso no fue la conciencia la que nos sacó del paraíso?

Descartes y Malebranche son agua pasada. Quizás sea un error traerlos a colación. La teoría de la evolución ha dado lugar a importantes cambios en la comprensión del animal. Costello no lo niega, aunque cree que en ningún caso ha anulado la idea de discontinuidad ontológica. La visión del animal como algo diferente de nosotros persiste. Por eso insiste en los campos de concentración. El verdadero horror de lo que aconteció allí no es que los asesinos trataran a sus víctimas como lo hicieron, sino que se negaran a ponerse en su lugar. Lo mismo sigue sucediendo con los animales. La compasión es la clave. Compadecerse es ver al otro como si fuera yo mismo. Todo lo demás son palabras. “Hay que abrir el corazón”, le dice a alguien que le pregunta a dónde quiere llegar. Uno se acuerda aquí del “ama al prójimo como a ti mismo” y de lo que decía Agustín de Hipona sobre el amor: “la medida del amor es carecer de medida”.

Por la noche, después de la conferencia, hay una cena. ¿Qué servirán para comer? ¿qué responderá ella cuando le pregunten por qué adoptó el vegetarianismo? Su hijo, también presente, teme que acuda a lo que en familia llaman “la respuesta de Plutarco”: “Me pregunta usted por qué me niego a consumir carne. A mí me asombra que usted pueda meterse en la boca el cadáver de un animal muerto, me asombra que no le dé asco masticar carne cortada y tragarse los jugos de heridas mortales”. La conversación gira por suerte en torno a los vínculos entre los animales y la religión. Hay una conexión entre esta, su idea de lo puro y lo impuro, y ciertas prohibiciones dietéticas. Alguien aprovecha para insinuar que la abstinencia de ciertos alimentos podría considerarse una forma de superioridad. Así lo pensó Nietzsche. ¿Es esto lo que hay en el vegetarianismo? Ella se defiende diciendo que no se trata de poder, sino de salvar el alma. El hombre está perdido en la creación. La única manera que tiene de salvarse es trascenderla, ir más allá de los límites de la identidad y la lógica. Amor y compasión salvan el alma, dan sentido al quehacer humano. Nuevamente Cristo, aunque nadie lo haya invocado hasta ahora.

La segunda conferencia, dedicada a los poetas y los animales, no la conocemos entera. El narrador nos informa desde el momento en que el hijo de Costello ingresa en la sala. El acto ha empezado y la conferenciante habla de poesía que representa cualidades humanas a través de animales. Se apoya en tres poemas: uno de Rilke (*La pantera*) y dos de Hugues (*El jaguar* y *Segunda mirada al jaguar*), y compara la diversa manera que ambos tienen de abordar la vida animal. A Costello le interesa particularmente la poesía de Hugues porque percibe en ella un esfuerzo por alcanzar cierta unión con el animal, no una simple idea de él. Por supuesto, los animales son indiferentes a esto, no participan del poema. La postura de Hugues está cerca del primitivismo de Hemingway, defensor de la matanza ritual como alternativa a la explotación industrial. Pero: ¿cómo alimentar a la humanidad de esta manera? Carecemos de tiempo para honrar a los animales que necesitamos. El primitivismo resulta poco práctico. Igual le ocurre al ecologismo, con el que comparte más de lo que parece. Ambas tendencias ven a cada animal concreto como un caso dentro de un género. En la plaza se mata a este toro, pero sólo porque representa al toro en general. Igualmente, el ecologista considera más relevante el todo que la parte y cifra la importancia de los animales en el papel que juegan dentro de ese todo. La idea de un orden más elevado que cualquier criatura, comprensible únicamente para el hombre, se convierte entonces en la principal defensa del animal.

Costello reprocha al ecologismo lo mismo que a la filosofía: que su visión del animal se base en una idea que no puede entender ninguna criatura salvo el hombre. El solipsismo, por lo visto, resulta inevitable mientras las cosas giren alrededor del ser humano. ¿Cómo escapar de él? Nadie se puede desprender de su propia naturaleza. Uno puede creer que la razón se ha convertido en “el enemigo más contumaz del pensamiento” (Heidegger) y tratarla como si en vez de una facultad fuera un prejuicio, pero: ¿basta con eso para escapar de nuestra condición humana? ¿no sería mejor llegado este punto aceptar que explotamos a otras especies?

La visita de Costello concluye con un debate. Su oponente es profesor de filosofía y presenta tres objeciones a sus tesis. La primera es que los filósofos modernos no inventaron la idea de que los animales pertenecen a un orden distinto de la humanidad, sino la de que hay que ser compasivos con ellos, hipótesis bajo la que late la sospechosa suposición de que los occidentales tenemos acceso a un universal ético para el que otras tradiciones son ciegas. Ella responde diciendo que ha habido una evolución en el conocimiento de la naturaleza animal y en la actitud hacia ellos y que el hecho de que esa evolución haya ocurrido en Occidente no significa que no deba asumirse en otras partes, igual que pasó con los derechos humanos. El profesor duda, en segundo lugar, de que la idea de continuidad biológica que sirve hoy para hablar de estos asuntos justifique la afirmación de que hombres y animales pertenecen a un mismo reino. Rechaza que el animal pueda gozar de derechos legales y encuentra mejor, pensando en normas para regular nuestro trato con ellos, hablar de deberes humanos. Costello no niega la diferencia, sino las jerarquías que se forjan tomándola como punto de partida. Todos los seres vivos están análogamente dotados para hacer “su vida”.

Sin embargo, para el filósofo hay una diferencia esencial entre unos y otros: la conciencia de la propia muerte. El hombre, y esta es su tercera objeción, teme a la muerte. Ese temor no existe en el animal. Para el animal morir es algo que ocurre, contra lo que lucha si puede, pero contra lo que no se revuelve anímicamente. De ahí que no se pueda poner en el mismo nivel al carnicero que sacrifica un pollo y al verdugo que arranca una vida humana. Matar animales es legítimo, precisamos de ellos para subsistir; lo que no es legítimo es maltratarlos. Pensar que puede alimentarse a la humanidad sin recurrir a ellos, dejándolos vivir al margen de toda depredación, es absurdo. Costello admite que a la lucha del animal por su vida le falta la dimensión de horror imaginativo, intelectual, pero eso no significa que no sienta temor hacia la muerte, sino que ese temor es exclusivamente carnal. La tesis de que al animal no le

importa su muerte le parece execrable. Claro que: ¿cómo discutir acerca de esto? Toda discusión reposa en el supuesto de que existe posibilidad de acuerdo y el problema es que la lógica rechaza por principio la vecindad entre humanos y animales. Ella es el dominio de un ser que come carne y eso vicia catastróficamente el debate. Pero, entonces, preguntamos nosotros: ¿tan sólo pueden plantear la cuestión los puros? ¿hay que renunciar a la lógica en nombre del animal, prescindir de la razón práctica debido a las limitaciones de la razón especulativa?

La idea de que la condición para pensar al animal es un pensamiento que simpatice con él, que disuelva la diferencia, resulta paradójica porque exige el pensamiento y al mismo tiempo su rechazo. Tal exigencia produce estupefacción, pero no es extraña en nuestra época. Se critica primero la ineptitud de la razón para ser otra cosa que razón humana y se aprovecha luego esta fatalidad para sustituirla mágicamente por el sentimiento, como si en él reposara el buen juicio que a ella le falta. El truco es viejo. Coetzee lo sabe, aunque no lo presenta como truco. Al contrario.

Elizabeth Costello tiene una hermana monja doctora en lenguas clásicas que dirige un hospital en Zululandia. También ella es invitada a pronunciar discursos y Elizabeth acude a escucharla. En uno de ellos defiende que las humanidades se desviaron de su camino cuando olvidaron su propósito inicial de recuperar el mensaje bíblico convirtiendo el estudio de las lenguas y autores clásicos en un fin en sí mismo. La consecuencia fue la pérdida de la palabra reudentora. Aunque Elizabeth juzga radical esta tesis, entiende lo que su hermana quiere decir. El evangelio no es sólo un texto. Basta con ver cómo la gente común ha entendido en África la figura de Cristo. Este no tiene nada que ver allí con la visión greco-romana que impera en el mundo occidental. “La gente africana –dice Blanche Costello– viene a la iglesia a arrodillarse ante Jesucristo en la cruz, y sobre todo las mujeres africanas, que tienen que aguantar lo más duro de la realidad, porque sufren y él sufre con ellos (...) Yo no les prometo nada salvo que los ayudaremos a cargar con su cruz”.

Estamos en el ámbito de la religión. Pero es lo mismo que hallamos en la posición de Costello sobre los animales. La lógica no sirve, hay que entregarse al corazón, negarse para afirmarse. De ahí que al despedirse de Blanche, Elizabeth le reconozca haber escogido la senda adecuada: Cristo en vez de Grecia, lo extático en vez de lo estético, el corazón, no la lógica. Costello no confía en la ética, en la capacidad de la razón para guiar por buen camino la acción humana. Se diría que para ella sólo existen dos alternativas: santidad o depredación.



JOSÉ MARÍA HERRERA ES ESCRITOR.